

La Tierra hueca

Beatriz García Guirado

OMBLIGO DE EVA

“Los Dioses ya no construyen sus nidos en las cúpulas de las
catedrales, compran refugios nucleares”.

Los cuatro soles de Río Serpiente, Clifford Gee

Gustav

Ombbligo de Eva se recuerda como el pueblo de los infiernos bajos. La gente se comporta como salvaje en Ombbligo de Eva, sobre todo a partir de “la hora azul”, cuando las puertas de los comercios se cierran y se encienden los neones luminosos de los centros de oración para que los feligreses acudan a apostarse la eternidad. Las persianas de los bares nunca bajan; así se evita que los domingos de confesión se haga un incómodo silencio. Todo lo que ocurre en este pueblo, gemelo de la mayoría desde el ocaso hasta el alba, está envuelto en una umbra y los buenos vecinos corren a meterse en sus camas sin hacer la digestión, se despiden de sus hijos con un largo y sentido abrazo como si no fueran a verlos nunca más y duermen al filo del colchón. La noche en Ombbligo de Eva es de los gatos, no de la gente. La noche, en realidad, solo esconde horrores. También hay curiosidades para turistas: los manteles de papel de las hamburgueserías son misales y a las clínicas de desintoxicación las llaman “casas de perdón”, igual que a las tiendas de lencería “casas de pecado”. Y estas no abren durante la Misa del Gallo, que es con diferencia la mayor festividad de Ombbligo, la más celebrada desde que tuvo lugar la primera lapidación divina.

En la Nochebuena de 1968, justo en ese punto del día en que el ocaso pierde su nombre, empezaron a llover piedras del cielo. Piedras que aún conservan olor humano. Cayeron sobre los tejados de las casas, rompieron los cristales de las sacristías, los colmados y los coches; llovieron también sobre los vecinos y hubo muertos y heridos. Sí, un castigo celestial. Así se recuerda. Porque son extremadamente religiosos en Ombligo de Eva; el primer astronauta en leer el libro del Génesis desde el espacio también estuvo allí. Todo el que pretende convertir las probetas en cálices conoce ese maldito pueblo. Pero nadie ha podido apagar los fuegos surgidos de los infiernos bajos. Ni siquiera él...

Gustav Valiente nació en Ombligo de Eva. La mañana de Navidad, cuando se supone que los niños salen a la calle a jugar con sus regalos, su padre y él recogían piedras del jardín y las marcaban con un aspa. El viejo guerrero estaba convencido de que eran criaturas de las profundidades quienes las lanzaban, de la misma forma que la noche salía del suelo; si aquellas mismas piedras caían de nuevo, las reconocerían. Su hijo, en cambio, creía haberlas invocado, porque todo lo que soñaba Gustav se cumplía. Vivía atormentado por la culpa; leía obsesivamente sobre meteoritos y magma espacial en busca de respuestas. Por eso creo que se hizo astronauta, y andaba persiguiendo piedras por ahí, arrastrando los pies con toda la gravedad del mundo como el culpable que calla. Las piedras, no obstante, parloteaban todo el tiempo; le revelaban cosas de lo más siniestras, como los lugares donde pensaban caer, y se reían, las muy

puercas. Su padre las coleccionaba para indignación de los vecinos: “Eh, Valiente. ¿Te ha dicho Dios por qué mató a mi Jimmy? ¡Indio de los cojones! Si el Señor hubiese tenido buena puntería...”, aullaban. Gustav las enterraba en aquel mismo jardín, incapaz de confesarle al viejo su crimen, y el jardín se llenaba de ronquidos en la noche y de profecías en la madrugada, y por las mañanas las piedras estaban perzosas y le dejaban continuar con su vida. Hasta que un día desaparecieron. Y no, no volvió a llover, ni aquel año ni en los trece siguientes, hasta que aquella madrugada de 1981, el fenómeno se repitió en la habitación de un campus universitario a más de 600 kilómetros de Ombligo de Eva. Piedras del tamaño de un puño, un alud sobre mi cama. El techo, por el contrario, estaba en perfecto estado; el edificio entero yacía en calma. Afuera, ni un triste guijarro. Esas piedras estaban marcadas con un aspa; eran las mismas piedras. Así conocí a Gustav.

Debían ser las tres treinta de la madrugada cuando golpearon la puerta como si quisieran tirarla abajo —lo recuerdo porque era una hora a la que incomprensiblemente me desvelaba—. Me levanté de un humor de perros pensando que sería algún estudiante borracho que se había confundido de cuarto y cuando la abrí, ¡bum!, empezaron a caer esas cochinas piedras. Mi primer impulso fue salir corriendo, pero me tropecé con un hombre de tez morena, melena enmarañada y ojos grandes y enrojecidos que miraba fijamente aquel extraño desastre sin dejarme salir ni tampoco animarse a entrar. Y va y me suelta resollando que había

venido conduciendo desde Florida. “Pensé que no llegaba”, resolló. Obviamente, entré en barrena. No hacía más que dar vueltas por el piso —o lo que quedaba de él—, incapaz de procesar lo ocurrido. “¿No tendrás una pala?”, le pregunté temblando.

Cuando me dijo que él pintó aquellas aspas, que lo que había sucedido era responsabilidad suya, lo tomé por un bromista: “No pertenezco a ninguna fraternidad. Llevo tres años viviendo en el campus y no soy ningún novato. ¡Lárgate o llamaré a la policía, imbécil!”. Pero Gustav no era estudiante, se entrenaba en la base Kennedy para convertirse en astronauta. Tenía sangre cherokee como su padre. “Los indios no van al espacio”, bromeé cuando me lo confesó tiempo después. “No —dijo—, vienen de allí”.

Quise darle muchas explicaciones lógicas al suceso, pero no las encontré. El bedel me tomó por loco, los chicos de mantenimiento amenazaron con pegarme una paliza por gracioso. Harto de que nadie me creyera, opté por guardar silencio como me había aconsejado Gustav. Unidos por aquel secreto nos hicimos amigos.

Siempre que estaba de permiso aparecía por el campus y me hablaba de su sueño de esquiar en la Luna y de cadáveres de cosmonautas rusos penando en la infinita noche del cosmos. Yo también compartía con él mis obsesiones más íntimas, sobre todo dos: las aventuras del profesor Clifford Gee, que habían despertado en mí la vocación de ser antropólogo y a quien deseaba parecerme, y Helène, la rubia estudiante de Entomología para la que yo solo era vida diminuta. Gustav

auguró que me convertiría en explorador y que me casaría con ella: “Pregúntale a las piedras, Gorski —decía con una sonrisa enigmática—. Las piedras te lo dirán”. Sin embargo, fue él y no yo quien hizo ambas cosas. Tardé algún tiempo en enterarme de que me había robado el futuro. Todo cuanto ambicioné, se lo apropió. En herencia me dejó un canto afilado como una punta de flecha, envilecido como toda materia sobre la que se ejerce una actividad humana.

Dieciséis años después, reconocí su cara en la portada de un diario sensacionalista: *Encuentran la cabeza de un norteamericano desaparecido en la selva de Nakajo*, titulaba el periódico. Junto a su sonriente fotografía, vestido como un explorador de Hollywood, una segunda imagen de una cabeza reducida a la que le habían cosido los labios y los párpados. Seguí leyendo un poco más hasta descubrir con horror que Gustav Valiente no era Gustav; Gustav era yo. Era mi nombre el que figuraba en aquel periódico.

“¿Qué ocurre en Nakajo?”, se pregunta la policía local, que en el último año ha encontrado al menos un centenar de cabezas encogidas en la jungla. La última víctima en sumarse tristemente al misterio ha sido el norteamericano Alexander Gorski, de treinta y cinco años, visto por última vez en mayo de 1991 en la localidad de Pontes, a 450 kilómetros de Ikuiapá, capital del estado. Según fuentes oficiales, su cráneo fue hallado en las inmediaciones de Río Serpiente por un grupo de madereros, pero el cuerpo todavía no ha sido encontrado. Aunque los investigadores apuntan a que pudiera ser obra de una tribu aún no contactada, el

antropólogo forense Daniel Oubide cuestiona su hipótesis: ‘La jibarización fue un procedimiento ritual empleado por los guerreros shuar de la amazonia ecuatoriana y peruana para apresar el alma de sus enemigos e impedir que se venegasen reencarnándose en otro animal. La piel del cráneo se hervía y ennegrecía, pero se mantenía el cabello; estas cabezas han sido reducidas siguiendo un procedimiento cuasi quirúrgico y les han arrancado el pelo. Ninguna tribu nakajense dispone de las herramientas, ni concuerda con las creencias y ritos de la región’, resume el experto”.

Convencido de que debía tratarse de una broma macabra, pero también de que un hombre que te roba la vida puede robarte la muerte para intentar hundirte un poco más, me dirigí a Ombligo de Eva, el parche en la cuenca vacía de América, en busca del único hombre capaz de hacer hablar a las piedras.

Félix Valiente, el padre de aquel fraude de astronauta, fue campeón de la WWE. El viejo tuvo un pasado glorioso como luchador profesional bajo el nombre de Golden Boy, “el indio de las estrellas”. Cuando se descolgaba sobre el *ring* con arneses como si fuera un brillante marciano y dejaba *KO* a sus contrincantes, solía afeitarles la cabeza. Ahora vivía retirado en su rancho a las afueras de Ombligo de Eva, en ese límite brumoso entre la Nada del desierto y la de la pequeña urbe, dedicando la vejez a la caza y la taxidermia. Así lo encontré aquella tarde, sentado en el porche, recosiendo el pellejo de una oveja de las Rocosas con un bote lleno de ojos de cristal sobre una banqueta.

Los héroes envejecen peor que los ciudadanos corrientes, será porque siempre los comparamos con el solemne recuerdo que tenemos de ellos. A mi padre le gustaba la lucha libre, creo que porque era un profesor de Secundaria dominado por una esposa que lo único que hacía era comprar cuchillos que se anunciaban en la televisión y rebanar latas con ellos. Los domingos por la tarde me obligaba a hacer “cosas de hombres” y veíamos juntos combates históricos de lucha libre; movía los puños en el aire como si bailase el *twist* y comparaba a Pegasus y a Birdman con gladiadores romanos. Yo prefería a los villanos, en su mayoría chicanos, afroamericanos o indios como Golden Boy. Guardaba en mi memoria su grito de guerra al subirse al *ring*: “Hoka-Hey”, aunque eso era más de Caballo Loco y él no era sioux. En otras circunstancias menos extrañas y dolorosas se lo hubiera comentado al viejo, pero estaba indignado y furioso porque, sin venir a cuento, Gustav Valiente había vuelto a colarse en mi vida para arrebatarme, ¿el qué? Latas de cerveza vacías, solitarias noches fabulando mi suicidio. ¿Qué sentido tenía morir dos veces? ¡Hasta en eso se me adelantó! Pero de los muchos escenarios que imaginé, jamás se me pasó por la cabeza que él pudiera estar, si cabe, más molesto conmigo que yo con su hijo. El viejo me creía responsable de su desaparición porque un detective de medio pelo encontró hacía menos de un año su mochila en mitad de la puñetera selva de Nakajo y en su interior había un libro con mis iniciales misteriosamente garabateadas en la contracubierta. *La memoria de la naturaleza*, se titulaba. No dejaba de preguntarme qué fue a hacer Gustav en una jungla del tamaño de un pequeño

continente, tan remota e indómita que Clifford Gee la denominó la “Groenlandia del trópico”, atravesada de norte a sur por un caudaloso río de aguas bravas y verdosas que parece una serpiente emplumada.

—No pensé que tuvieras los cojones de venir —escupió el viejo con los ojos llameando rabia.

—Entiendo su dolor, pero soy tan víctima como usted.

—Lloriquear no va a solucionar nada, Gorski.

Estaba convencido de que su hijo no había muerto en la selva, porque un padre sabía reconocer su pérdida como parte de sí mismo y era obvio que si Gustav hubiera muerto ya habría venido a visitarle. Me pedía que fuese la pala que desenterrase no el cuerpo, sino el misterio. “¡¿Yo?! —exclamé— ¿Bromea?”. Cuando una cabeza impacta demasiadas veces contra la lona, por muy campeón que seas, te acaba pasando factura, sí. Su glándula pineal no regulaba el flujo de pensamientos, los ponía contra las cuerdas.

—Viajar al espacio no es como visitar el Gran Cañón, ¿sabe? —le dije al viejo—. Cuanto mayor es la distancia, menor es el apego de los astronautas. La falta de gravedad les engorda la cabeza, alarga su columna como si fuesen jirafas y las piernas se vuelven tan flojas como sarmientos. Algunos astronautas enloquecen al volver del espacio; o huyen de la gravedad haciéndose profesores de yoga o cazadores de hombrecillos verdes, o se hunden excesivamente en ella y acaban en cuevas atestadas de murciélagos como le ocurrió a Neil Armstrong.

—¿Insinúa que mi hijo está loco?

—Dígame, ¿por qué cree que un hombre decide hacerse astronauta? ¿Sabe lo que Gustav decía? “Los indios vinimos de las estrellas”; se creía mucho más especial que el resto, tanto que quería elevarse como un globo aerostático para mirar nuestras coronillas desde la Luna —continué, temblando de pura indignación—. ¿Alguna vez consiguió esquiar allí? ¿Lo sabe usted? Uno le entrega lo más preciado que tiene a un hombre, su confianza, ¿y qué obtiene a cambio? Piedras talladas, afiladas como flechas. Una clavada en el corazón, otra el en el trasero... ¿Me sigue?

No se chupaba el dedo, el viejo; conocía perfectamente la naturaleza de su hijo. Como yo, sabía que nunca viajó al espacio y que su matrimonio con Helène duró lo que el Challenger en desintegrarse tras su lanzamiento: setenta y tres segundos de “sí quiero” y un silencio que acabó con ella. Pero en una cosa le llevaba ventaja; jamás supo que Gustav tuvo un hijo: William-Negro. Un nombre horrible para un bebé. Y recuerdo muy bien cómo lo pronunció su madre, como un conjuro. Porque yo estaba allí desde el principio, cuando todavía era una pupa en el curso de una metamorfosis hacia algo humano, un puñado de molestos indicios —náuseas matutinas, flatulencias, varices—. Sucedió como sucede todo, por un mal tropiezo...

No había vuelto a ver a Helène desde antes de graduarnos, cuando pidió traslado a una facultad cerca de Cabo Cañaberal, en Florida, para estar cerca de Gustav. Por aquel entonces creía que ya no estaba enamorado, había conseguido reducir su recuerdo a la foto de una chica de calendario —su rubio flequillo,

sus gruesos labios siempre fruncidos, las gafas en la punta de la nariz chata, el aguijón de una avispa, el molesto zumbido de una mosca que aplastas contra un vidrio—... Pero un día me encontré con ella en Nueva York, en un vagón de la línea seis atestado de turistas y ejecutivos sudorosos. Me acuerdo de que lo primero que hizo fue tratar de ocultar su embarazo tras la bolsas de la compra.

—Sí que vas cargada, ¿necesitas ayuda? —me ofrecí.

Se sonrojó y soltó una carcajada.

Pasado un tiempo me confesaría que pensaba que lo decía por el niño. Una pesada carga, sí, eso era lo que significaba aquel bebé para ella. Se suele decir que incluso las mujeres feas parecen más hermosas cuando están embarazadas, pero a Helène, que siempre fue guapa, la afeaba de una manera antinatural: tenía la tez amarilla y manchada y el pelo le colgaba a racimos sobre la cara delgada de la que sobresalían dos ojos enloquecidos.

—Tengo que ir al dentista. —Un lustro idolatrando a aquella mujer y cuando volví a verla eso era lo que tenía que contarme.

Hacía poco que se había mudado a Nueva Jersey y vivía en un apartamento cerca del puerto de Newark que olía a pescado podrido. Me preguntó con un falso entusiasmo: “Eh, ¿y qué es de tu vida, Alex?”. “Ya sabes, sigo en la universidad”, contesté con vaguedad. En realidad, llevaba años impartiendo clases en una facultad de prestigio. Gracias a una beca de investigación tan delirante que siempre que alguien se interesaba por ella tenía que dar montañas de explicaciones cada vez más crípticas. Para abreviar, digamos

que estudiaba el comportamiento de los llamados “topos” del metro de Nueva York, un grupo cada vez más extenso de vagabundos que merodeaban por las vías muertas como si fueran senderos de hormigas y funcionaban —esa era mi tesis— como los hormigueros: juntos formaban una suerte de inteligencia colectiva; rezumaban un hedor que se comunicaba de unos a otros informando de cuáles eran los mejores túneles o se alertaban de la presencia de guardas, pero si se perdían podían caminar en círculos durante un día entero. Había recogido cientos de testimonios y los utilizaba en mis clases de Antropología Urbana. A grandes rasgos, esa era la idea. Me iba a doctorar con un trabajo sobre comunidades del subsuelo y Helène, cuesta aceptarlo, fue mi inspiración, ya que al marcharse siguiendo a Gustav me dejó a cargo de su granja de insectos.

La conversación estaba resultando de lo más ordinaria; parloteaba sobre sus dientes sin mencionar ni por un segundo al bebé ni tampoco al padre, y yo asentía y me quejaba del calor que hacía en aquel maldito vagón. Hasta que, de repente, al pasar por City Hall, una estación fantasma, me miró con aquellos ojos de lunática y me preguntó sin venir al caso: “¿Has pensado alguna vez que los túneles del metro podrían ser puertas a otras dimensiones?”. Y puede que lo fueran, porque aquella extraña pregunta nos condujo a una cafetería, luego al Museo de Ciencias Naturales, a dar un paseo por el parque y, más tarde, a su casa. No conseguía ver a la misma Helène que conocí y que llamaba a los bichos de la humedad “pececillos de plata” o contemplaba extasiada el avance de una oruga por una rama. Una obstinada *voyeur*;

eso era; a la que nunca te atrevías a pedirle prestado un táper, porque era más que probable que lo hubiese utilizado como hogar provisional de algo. Pero la nueva Helène carecía de entusiasmo; teorizaba sobre su embarazo como si impartiese una aburrida clase de Biología. Había abandonado la universidad y trabajaba en una peletería y la piel le olía a cuero envejecido; tenía antojos filicidas que yo trataba de desaconsejarle como el buen amigo en quien, por obligación, me había convertido. Cuando pasaba por delante de una carnicería, babeaba solo con mirar toda esa carne sanguinolenta colgada de un gancho. “No debes, Helène. No es bueno para el pequeño”, le decía, y ella hacía un mohín infantil y se golpeaba la panza. Bebía café a todas horas, iba siempre cargada con uno de esos enormes vasos de plástico porque el bebé le daba patadas por las noches y vivía ebria de sueño; también limpiaba el suelo de rodillas, cada día después del trabajo, fregoteándolo con su enorme barriga pegada a las baldosas.

El día que me confesó que me amaba, sentí tanta compasión por ambos que le hice el amor como se lo hubiese hecho a esa otra mujer de mi recuerdo. Me trasladé a su apartamento cerca del puerto, donde el pitido de los cargueros que atracaban en el muelle no nos dejaba vivir y el griterío de los estibadores y el hedor a pescado muerto eran constantes, y durante un tiempo jugamos a las familias. Incluso me aseguró que el hijo, al que poco a poco se iba haciendo a la idea y simpatizando con él, se iba a llamar Alexander. Pero al nacer, milagrosamente sano y rollizo, tomándolo en sus brazos, algo se dibujó en sus ojos, un destello de la

vieja Helène que me dejó perplejo y de nuevo enamorado. Y entonces lo llamó por el que sería su nombre, el nombre que Gustav habría querido para él. Dijo: “Mi pequeño William-Negro”. Y yo sabía muy bien a la memoria de quién honra y, sobre todo, lo insignificante, lo absolutamente microscópico que yo era para ella; casi un ácaro del polvo, algo que vive en tu colchón. Simplemente eso.

El verdadero William Negro era mexicano de Durango, un contrabandista de fósiles y raras especies de animales y plantas que solo habitaban en un lugar impreciso del desierto de Chihuahua conocido como zona de silencio: tortugas ciempiés, ratas canguro, lagartos con escamas puntiagudas como alabardas y nopales violáceos, cientos de nopales caminando por los cerros como si en vez de raíces tuvieran patas. También era chatarrero espacial. En la zona de silencio llovían con frecuencia cascotes de cohetes, naves y asteroides del tamaño de un megalito prehistórico y William Negro vendía las piezas al por mayor, de forma que era fácil ver una furgoneta de reparto con medio alerón de una nave como si fuese un tiburón con ruedas, o el módulo de una estación espacial convertida en vivienda solariega o pocilga. Tenía la asombrosa capacidad de saber cuándo iba a llover basura espacial y la no menos sorprendente fortuna de que no le hubiese caído encima.

La zona de silencio es un enorme pájaro energético o un nubarrón que se posa, ora aquí ora allá, en cualquier lugar del desierto, interrumpiendo las señales de radio e incluso las conversaciones. Sabías que la zona de silencio había llegado a

tu rancho si para entender a tu esposa debías leerle los labios, porque cualquier sonido, también el relincho de un caballo, el llanto aterrador de las zorras, todo, era engullido por aquel fantasma. William Negro conocía la zona de silencio como si fuese una mancha en su solapa y cuando a los muchachos de la NASA se les perdía el módulo de algún Apolo, la antena de un satélite o un pobre astronauta, iban a buscar sus restos allá y Negro sabía decirles dónde estaban. Un zahorí, eso era, y como tal encontró las malditas piedras de Gustav antes siquiera que el propio Gustav. Le llovieron sobre la caravana y, al amanecer de un día de primavera, ese joven becario de la NASA que estaba a punto de casarse con una chica que vivía abrazada a un microscopio recibió la llamada de aquel contrabandista de Durango con una retahíla de quejas y una factura. Porque las piedras se lo dijeron, las piedras le hablaron, le dictaron su número de teléfono. Así son las cosas.

Según me contó Helène, Gustav pensaba que aquel charrero podría tener la clave de los misteriosos diluvios que no le dejaban vivir tranquilo y estaba decidido a llegar hasta el final. Llevó a su prometida en brazos hasta el flamante porche de su casita adosada en Cocoa Beach, a orillas del Atlántico, y se subió en un avión en dirección a Chihuahua mientras ella se ocupaba sola de preparar la boda como si elaborase un guiso: fue a probar los menús, eligió los centros de flores, envió las invitaciones —la mía fue a parar directamente a la papelera—, contrató a los músicos, reclutó a las pocas amigas que tenía para que fuesen sus madrinas y se compró un vestido blanco que la hacía parecer un diente de

león. No pidió nada prestado porque no le iba pordiosear y lo pagó todo con los fondos para la facultad. Curiosamente, olvidó comprar los anillos.

Cuando Gustav volvió del desierto, cuando llegó a su casa y besó a su novia y le explicó la historia de William Negro, con el que pasó todo el verano de su recién estrenada vida juntos persiguiendo aquella fantasmal mancha, ya no era la misma persona, la zona de silencio lo había poseído. Y al preñar a Helène, también a ella y al pequeño William-Negro, fruto de un espermatozoide que rodea el óvulo antes de penetrarlo, como un monstruo marino nada y se cierne alrededor de una barcaza. En consecuencia, nació con un petroglifo en la nalga en lugar de mancha de nacimiento. Estaba escrito que debía llamarse Negro.

Helène me refirió aquella historia una noche en que el pequeño, todavía en su vientre, daba tantas patadas que consiguió sacarme de la cama. Su madre me pidió que fuese a comprar algo de hierba ¡a la tres treinta de la madrugada!, porque estando colocada no quería arrancarse aquella cosa de las entrañas. Fumaba sentada en el alféizar de la ventana; daba vértigo verla, parecía que estuviera a punto de tirarse. “¡Baja de ahí! Si el bebé te da una patada perderás el equilibrio”, le advertí. Cosa que hizo para meter la cabeza en un manual de entomología y perseguir cucarachas por el piso con su enorme panza, ba boom, ba bump, y sus zapatillas de felpa. Hasta que la oí roncar y la vi tirada en el suelo con una lupa en el regazo y me di cuenta de que era Negro, ese futuro William-Negro, quien nos observaba a

nosotros. Aquella sensación cayó sobre mí como la lluvia de piedras que destrozó la caravana de un chatarrero espacial. Supe qué se siente al vivir en la zona de silencio.

Y el silencio continuaba conmigo. Orbitaba alrededor de mi cabeza, igual que lo hace la basura espacial arrastrada por la cola de un cometa, mientras aquel desesperado padre me suplicaba —me ordenaba más bien— que fuera en busca de su hijo.

—Créame que lo siento, pero tengo otros asuntos de los que ocuparme —mentí.

—¿Qué asuntos?

—Mi vida, el montón de cosas que hago desde que amanece hasta que me acuesto. ¿Por qué no deja que ese detective se ocupe del caso?

—Me encantaría si eso fuese posible —dijo—, pero Mr. Lorne ya no sigue entre nosotros. Se cortó las muñecas porque las ideas se le escurrían entre los dedos. El pobre infeliz se creía Lope de Aguirre, vagaba por los campos de soja arrastrando un fardo que, decía, era el cadáver de su propia hija.

—¿Y lo era? —pregunté fascinado.

—¡Claro que no! Solo era un buen montón de piedras.

Los olores actúan como mensajeros. La sangre tiene un sabor metálico, a hierro. Los dientes de los padres, creía el viejo cherokee, se oxidan cuando muere el hijo; por eso, en Ombligo de Eva hay más dentistas que buitres y perros salvajes. Pero no fue una superstición la que me llevó a comprometerme en un viaje que ya había empezado, ahora lo sé, el

día que en mi habitación de estudiante comenzaron a llover guijarros. Acepté, ¿qué otra cosa podía hacer? No iba a permitir que Gustav y solo Gustav se convirtiera en leyenda.

Más tarde, sentado en una de las pocas cantinas de un pueblo donde el aire es amargo como el aliento de un enfermo y hasta los perros salmodian con sus aullidos, pensaba en lo curioso que era que una parte de nuestro cuerpo tan característica como la cabeza, algo que en teoría nos diferencia del resto, fuera tan anónima a la vez. Lo único que nos distingue a los unos de los otros es nuestro afán de sentirnos únicos. Y eso me recordó cierta anécdota...

En el año 1953, en Plymouth, Massachusetts, un grupo de radicales se dedicó a decapitar las estatuas de los padres fundadores y cambiarlas por animales de peluche. Un delito ritual, dijo la prensa, pero eran malditas esculturas de granito cercenadas. “Sin cabezas no existirían coronas ni de oro ni de espinas —escribió el antropólogo Clifford Gee—. Cualquier intento de trazar un mapa de nuestra corteza cerebral nos convierte en bolas de discoteca. No llevamos la memoria del mundo sobre los hombros, ni siquiera en nuestras células, sino en la suela de nuestros zapatos”.

El querido profesor se refería, o eso siempre interpreté, a una vuelta al pasado mágico que el hambre de raciocinio había anulado. Sin embargo, tampoco él pensaba con los talones; era un ser sumamente calculador. Creció en Salem, el querido profesor, aunque pretendiese ocultarlo en su biografía; sus antepasados hacían hogueras donde quemaban a pobres infelices acusados de brujería. Nada que ver con

Ombligo de Eva, allí todo el que arde lo hace por combustión espontánea. Por eso Gustav se crió en ese pueblo, y en ningún otro lugar. A ambos les unía, no obstante, una energía oscura; también al aventurero se lo tragó la tierra. Se evaporó tras un sonado discurso en la sede de la Sociedad Geográfica en el que defendió que el hombre debía volver a la jungla porque la lucha por la supervivencia se había convertido en lucha por la opulencia, calificó a los respetables miembros reunidos de “antropófagos con prismáticos” y pidió que lo dieran por muerto. Surgieron muchos rumores sobre su desaparición: hubo quien dijo haberlo visto empujando un carrito de supermercado en algún suburbio y quien juraba haber asistido a su entierro; pero a mí me gustaba pensar que cambió los púlpitos por las escarpadas laderas de una montaña con nombre de Diosa y se paseaba en taparrabos junto a una nativa de oscuros pezones riéndose de quienes levantan estatuas en su memoria. Estatuas que él mismo decapitaría.